

ENTONCES

Leandro Calle





entonces

Leandro Manuel Calle

“Entonces”, de Leandro Calle

Es bien sabido que en el corazón del Antiguo Testamento hay un libro, breve y denso, titulado “Cantar de los Cantares”, destinado a festejar verbalmente la unión erótico-afectiva entre un hombre y una mujer. Se trata de un poema dialogado en el que el amado y la amada se cantan y celebran el uno al otro, empezando por la epifanía material y concreta que son los cuerpos de ambos hasta el espíritu que se acrisola y respira en la carne de los dos. Ese canto nupcial ha sido objeto de lecturas diversas a lo largo de la historia cristiana: se lo ha leído como la conmemoración teológica y literaria de las nupcias entre Dios y el pueblo elegido o entre el Absoluto y la “eclesia”-la asamblea creyente- o entre la divinidad y el alma del individuo humano. Hoy la opinión mayoritaria de los exegetas y bliblistas se inclina más bien a considerar el “Cantar...” como lo que es para un lector desaprensivo: la celebración literaria de la relación amorosa y carnal entre dos amantes. El hecho de que para la mirada creyente sea un libro inspirado por el Espíritu de Dios mismo no hace sino patentizar la importancia y densidad teológicas que ostenta la unión nupcial; no es de ninguna manera accidental que esta, dentro del catolicismo, tenga el rango de un sacramento.

Con el “Cántico Espiritual” de Juan de la Cruz ha sucedido algo parecido. Bajo el influjo de los mismos comentarios que el carmelita escribió sobre su

poema, hoy leemos sus versos en clave mística: ellos describen las bodas entre Dios y el hombre, entre lo divino y lo humano. Pero el poema también puede y debe ser percibido en otra clave, explícita a lo largo de todas sus estrofas: la clave puramente erótica. Y es que tanto para la tradición bíblica como para los místicos cristianos la unión afectiva y sexual entre dos seres humanos es la imagen simbólica privilegiada de la comunión del hombre con Dios.

Se me ocurre que igualmente ante este magnífico poemario de Leandro Calle, “Entonces”, se nos imponen dos lecturas posibles, ambas complementarias: los textos líricos que lo componen pueden ser leídos dentro de un registro religioso y místico y también dentro de uno en puridad amoroso: el tú a quien convocan y con el que dialogan es al mismo tiempo Dios mismo, el Absoluto, y la presencia festejada y cantada de un ser humano, al que se ama.

Conozco bien la poesía de Leandro. Estoy familiarizado con ella desde hace algunos años. Y es a la luz de ese conocimiento y de esa familiaridad, que me atrevo a afirmar que este libro hoy honrosamente prologado por mí constituye la cota más alta, el nivel supremo a los que han llegado sus búsquedas estéticas y su trabajo lírico. La dicción y el fraseo son en estos poemas sencillamente majestuosos. Mallarmé decía que las tres cuartas partes de la eficacia poética de un textos estriban en su capacidad de sugerencia. En los poemas de “Entonces” es precisamente la capacidad de sugerencia lo que predomina: no hay en ellos fá-

rrago metafórico ni grandilocuencia explicativa, solo una contención lapidaria, a veces casi lacónica, a la hora de insinuar, sin énfasis, sin gestualidad verbal innecesaria, la materia de lo que se propone cantar y celebrar. Esta austeridad expresiva, hecha de puras y levísimas alusiones, de indicaciones abocetadas, contribuye decisivamente a otorgarle al poemario toda su limpidez, su transparencia, su alada ligereza.

Cuando, en septiembre de 1973, en Solentiname, Nicaragua, me dediqué a estudiar, bajo la dirección de Ernesto Cardenal, la poesía china y japonesa (la cual era, para Ernesto, una antecesora del “exteriorismo” que en materia lírica él preconizaba), me percaté de que esos poetas nunca explayan en sus textos un sentimiento yoico (nada equivalente a afirmaciones, dentro del poema, como “estoy triste” o “siento nostalgia”). Más bien dibujan una situación existencial y un paisaje, un escenario plástico, donde el sentimiento aludido cobra una materialidad, una consistencia “exterior” muy específica y concreta. Es a través de esa materialidad y de esa consistencia que el lector ingresa en el estado de conciencia que el poeta desea presenciar y transmitir. Cuando Leandro dice, de manera tan leve como exquisita: “los perros del alma mastican el silencio / muerden con rabia la mudez nocturna / porque mi olfato siente tu presencia / tu presencia que pasa y no se queda”, está utilizando un procedimiento estilístico similar al que someramente he intentado describir: dibuja un decorado por medio del cual nos sensibilizamos ante la presencia es-

curridiza del ser amado, esa presencia inasible, nunca instrumentalizable, de la que solo queda un rastro, apenas un aroma elusivo.

Y ya que he mencionado a Ernesto Cardenal, debo decir, ya para terminar, que “Entonces”, este libro de Leandro Calle, me ha recordado con insistencia un poemario de Ernesto, escrito durante los dos años en que el nicaragüense vivió como novicio en un monasterio trapense situado en Kentucky: “Gestsemani Ky”. Asocio ambos libros porque los dos desarrollan el mismo tipo de mística amorosa, en la cual la contención, la sugerencia y la levedad motorizan el organismo verbal de sus respectivas apuestas literarias. Quiero dejar al paciente lector de estas líneas con un verso extraordinario, verdaderamente magistral de Leandro: hablando de la atmósfera existencial en la que vive su búsqueda amorosa dice de ella, de esa atmósfera: allí, “donde la única gravedad era hacia arriba”. No hace falta añadir ni quitar una sola palabra a esa formulación lapidaria.

Armando Rojas Guardia

*“sólo en silencio
descubro*

que Suenas”

Armando Rojas Guardia

I

Falsa mordaza la del corazón
que al fin y al cabo siempre habla.
Tu voz arde cuando llega el silencio.

Todo tiene sentido
todo es calma
cuando bebo el agua de mi río.

Mi espalda contra la espalda del muro
la espalda de la pregunta contra la espalda de Dios.
Entonces
mirar hacia adentro
nacer.

Ladran los perros en la noche oscura
olfatean tu presencia silenciosa
corren enloquecidos de un lado para otro
y de repente callan y todo se enmudece
y los perros del alma mastican el silencio
muerden con rabia la mudez nocturna
porque mi olfato siente tu presencia
tu presencia que pasa y no se queda.

Pasan las nubes como navíos
pasan las nubes libres y revueltas.
La dicha de ser empujados por la dicha.
El viento oscuro
la luz lentísima
la solidez del agua.

Colgaba de la puerta el cordel amarillo de la llave
cuando cerré los ojos, los pájaros cantaban en un
bosque
donde la única gravedad era hacia arriba.

Mediodía de la saciedad la noche
porque la sed es como el sol
que se apaga y se enciende
y nunca se está quieta.
¿Por qué no arder sin más y para siempre?
Mojada brasa del alma a medias encendida.

Cuando abraza, abrasa.

Tristeza de la tarde de domingo
dulzura de la brisa y de los pájaros
dulzura de la jugosa hierba fresca
lentitud y silencio de las nubes.
Toda la tarde es ausencia
porque tu voz no ha hablado todavía
y es tan triste la espera
como un tren que se aleja.

Cuando no estás
quiero beber en cualquier labio
pero no hay labios para mí sino los míos.
Cuando no estás
mi sed sale a buscarte
husmea en el desierto.

Repleta de plantas esta casa
con la serena alegría del verde
que agradece la lluvia tropical
con fulgor de colores
por todos los rincones.
Y yo sigo sediento de tu cuerpo
con el himen de mis ojos intacto
sin poder entrar aun
sin poder celebrar
el inasible orgasmo del mundo.

Pasaste por la tarde
lo dice el murmullo de las hojas
lo dicen los pichones en sus nidos
el adagio dulce de la hierba y el viento.
Pasaste por la tarde sin quedarte.
Pasaste por la tarde y eso basta.

Apagadas, secas, muertas
aún brillan las estrellas.
Son los huesos de dios.

El alma es un pájaro sin alas
cuando canta
todas las cosas pueden elevarse.

II

No existe el exilio
el exilio soy yo
yéndome siempre de donde no he salido.

Bajan las aguas del nevado
y llegan hasta mi con su silencio.
Llegan por la noche
para encender la sed
para seguir corriendo en lo más hondo.

Como el sol
el agua nombra las cosas sin nombrarlas
su silenciosa voz
es bautismo del mundo.

Moja la acequia el verde labio del bosque
y las flores silvestres se multiplican por millares.
Laberinto sin centro la espesura.
Acecha la belleza en todas partes.

Los párpados se han ido con la tarde
y un reventar de pájaros florece en las pupilas.
Gotea la quietud.

Huelo tu arder de pájaro en la tarde.
Huyes hacia mi
como la sed que decide
regresar.

Es una rara piedra el corazón
a veces ni tu voz puede con él.

Ofertorio crocante en medio de la noche
patas arriba este pobre escarabajo
en su inútil y continuo movimiento.
Así mi corazón daba sus giros
sin avanzar siquiera una palmada.
De pronto tu mano me dio vuelta
y como Adán fui a esconderme entre las plantas.

Viene la noche virginal, intacta
casi tocando el borde del alma
casi queriendo decir su silencio
entre el lejano quejido de algún grillo.

Por el resumidero
se ha ido toda el agua.
La pileta de lavar
ha quedado vacía.
Así mi alma
desde que te fuiste.

La lluvia mansa
como si llegaran corderos blanquísimos.
Otra vez tu manera, tu modo
y el animal que habita mis adentros
(el búfalo, el toro, el minotauro)
se arrodilla otra vez ante esta lluvia.

Como la ardilla en el bosque
aparece y desaparece
así tu calor.

Arde, arde la zarza desde siempre
pero arde sin luz, sin calor
sin fuego.
Ya estabas dentro
no te habías ido nunca.

Ahora la gracia de la ardilla
está por todas partes:
lluvia, pétalos
plantas, nubes
insectos y semillas.
Ahora el mundo entero
es un acorde claro.
Ahora soy tocado en esa música.

The silence when I hold you to my chest
Billy Collins

Busqué la sed en tanto charco solo
sin saber el sabor de lo bebido
aguas sin sol para los huesos secos
donde la lengua gusta el abandono.
Llegó tu desnudez como la rosa
fue la luz en mis dedos y tu espalda.
De llamar al amor, el amor vino.
Una línea de sol en tanta sombra.

(a Jaqui)

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon el día 2 de abril de 2018, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1805 en que nace el gran Hans Christian Andersen, escritor danés de cuentos infantiles y se celebra el Día Internacional del Libro Infantil.

sultanadellago.com